

Con la *tolerancia científica* ha sucedido lo propio que con las tolerancias religiosas, que se apoyan en el mismo principio; una y otras, apellidando libertad, han engendrado la más cruel servidumbre (1).

10. Y no se nos venga ahora con el sonsonete de que los eclécticos fueron los primeros apologistas del cristianismo. Para mostrar lo contrario, basta meditar sesudamente sobre la situación en que aquellos apologistas se encontraban ante la filosofía pagana, cuyas calumnias y errores se esforzaban en combatir: además, hay que estudiar con profundidad y extensamente sus sistemas. No cabiendo en los límites de la presente obra emprender esta discusión histórico-crítica, me ceñiré á una sola observación general. La filosofía de los Santos Padres partía del conocimiento de la naturaleza racional del hombre; conocimiento que en ellos era perfecto y cabal por el que tenían de la verdad del cristianismo. Poseían, por tanto, en filosofía un método propio suyo, deducido de las leyes esenciales de la actividad y del fin del espíritu humano. Fundado como estaba este procedimiento en la naturaleza racional del hombre, á la cual debe todo método conformarse, era en sí mismo el método de la verdad, y por consiguiente, no era una imitación servil del método de tal ó cual escuela de filósofos paganos, los cuales siempre habían adulterado, unos más, otros menos, el verdadero y total conocimiento de la naturaleza racional del hombre. Es decir, el método de aquellos filósofos cristianos, como método universal que era de la verdad, podía servir de norma para juzgar los sistemas de los filósofos gentiles. Por eso aceptaban de entre lo dicho, ora por Platon, ora por Aristóteles, ora por Zenon ó cualesquiera otros sábios, todo cuanto hallaban conforme á la verdad y en armonía con la fé y con la moral cristianas (2). Pero á esto nadie puede llamarlo eclecticismo porque si eclecticismo es esto, eclécticos también seremos nosotros, pues no obstante que poseemos un método filosófico deducido de las leyes esenciales del espíritu humano, y que de este método nos servimos para juzgar de los opuestos sistemas, no por eso dejamos de aceptar las verdades admitidas por otros filósofos de toda escuela y de todo sistema.

(2) Cons. á ROSMINI, *Op. cit.*, p. 114-115.

(1) Cons. á CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strom.*, lib. 1, § 7, y á SAN AGUSTIN, *De Civ. Dei*, lib. VIII, c. IX.

ARTÍCULO IV.

Si uno solo es el método de todas las ciencias.

11. El filósofo ha menester de un método y de un sistema, pues ¿qué otra cosa es el método sino la vía que debe seguirse para llegar á la ciencia? ¿y qué otra cosa es un sistema sino un principio erigido con toda la serie de sus deducciones científicas? No es, por tanto, indiferente á la ciencia el seguir ó no la vía que á ella conduce; ni ciencia hay sino allí donde hay serie de verdades demostradas, coordinadas entre sí y reducidas al principio comun de quien se las vea depender. Pero como las ciencias son múltiples y diversas, naturalmente surge de aquí la cuestión sobre si debe adoptarse un mismo y solo método en todas las ciencias. Cuestión es esta capital en la historia de la moderna filosofía, que empeñada, como puede conocerlo el observador atento, en reducir todo á unidad, ha persuadido á muchos de que uno solo es el método necesario de seguir en toda ciencia. Pero como aun los mismos que han adoptado esta opinión no han partido siempre de principios iguales, forzoso es examinarla bajo todas sus formas para apreciarla debidamente.

12. En todo método hay que mirar á su punto de partida, á su proceso, ó sease á la calidad de sus medios, y á su fin; la unidad de un método puede por tanto ser deducida de la que tenga cada una de estas tres cosas; y así en efecto nos dice la historia de la filosofía que ha sucedido.

13. Los que deducen la unidad del método de la unidad de su principio, discurren así: Determinado como lo es todo método por su principio, claro está que uno solo debe ser el método si uno solo es el principio de todas las ciencias: es así que uno solo es en realidad el principio de todas las ciencias, pues que todas, coordinándose y subordinándose entre sí, se terminan en un solo principio, que á todas provee de materia y de método; luego la unidad de principio de todas las ciencias prueba que uno debe ser también el método. Pero, ¿y cuál es este principio único de todas las ciencias? Hé aquí un punto sobre el que ciertamente no hay unanimidad. La escuela de Leibnitz profesa que ese principio único es el llamado *de contradicción*, á saber: «es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo» (1);

(1) LEIBNITZ (*La Monadología*, § 31-39, p. 707-708, y *Princip. de la nature*, etcétera, etc., § 7-8, p. 716, ed. cit.) redujo á dos los supremos principios de la ciencia en general, á saber: el de *contradicción* y el de la *razon suficiente*. Pero

Fichte dice que ese principio es el *yo puro* (1), y Schelling (2) y Hegel (3), que es la identidad de lo real y lo ideal.

14. Esta tendencia á reducir la multiplicidad á la unidad es sin duda tan natural á la mente humana como lo es á las cosas; solo que muchas veces tiene por causa, ora la superficialidad, ora una especie de enfermedad de ciertos talentos. Efecto de frivolidad, por ejemplo, fué aquella propension de los sensualistas del siglo pasado, cuando impremeditadamente se atuvieron al primer hecho que se les ponía delante, y trataron de acomodar á él todos los demás hechos no obstante la diversidad de su origen y naturaleza: obra de mente enferma fué aquel empeño que el génio alemán, agudo y profundo hasta cuando se extravía, puso en llegar á la unidad absoluta mediante la unidad de principio y de método. Efectivamente, este supuesto de que toda ciencia ha de partir de un principio único, es tan absurdo respecto de la ciencia prima como de las que de ella dependen. La ciencia prima, de quien todas las demás dependen, pues á todas en efecto suministra principios y medios, es la filosofía; y la filosofía no tiene principio único, como quiera que siendo su oficio investigar las últimas razones de todo el sér, trata de lo *necesario* y lo *contingente*, de lo *semejante* y lo *desemejante*, de lo *idéntico* y de lo *no idéntico*; objetos todos que, como diversos entre sí, proceden también de diversos principios (4). Lo único necesario en la *Ciencia Prima* es que sus principios sean absolutos, es decir, que no necesiten ser legitimados ni evidenciados por principios superiores, pues de lo contrario no sería ciencia prima (5).

Así como la unidad de principio no es condición necesaria ni se verifica en la ciencia prima, así tampoco en las ciencias que de ella dependen. Efectivamente, las ciencias especiales tratan siempre de objetos especiales y diversos: es así que esta diversidad de objetos lleva consigo diversidad de principios; luego no solamente es innecesaria, sino imposible la unidad de principio en las ciencias especiales subordinadas á la *Ciencia Prima*.

WOLFF (*Ontol.*, part. I, c. I, p. 15 y sig., Francfort, 1736) observó que legitimándose el segundo de estos principios por el primero, resultaba en sustancia que uno solo es el principio del humano saber.

(1) *Theorie des sciences*, c. I, p. 6 y siguientes.

(2) *Carta á Fichte* (en alemán) *Opp.*, t. III, *Pref.*, p. 17.

(3) *Enciclopedia* (en alemán) *Opp.*, t. IV, *passim*, Berlin, 1839-1845.

(4) Cons. ARISTÓTELES, *Met.*, lib. IV, c. I, ed. cit.

(5) Cons. á SUAREZ, *Met. Disp.*, III, sect. III, § 2, t. I, p. 81-82, Salmanticae, 1597.

15. Si absurda es en sí esta unidad de principio de la ciencia, no lo es ménos en sus conclusiones, que son idealismo ó panteísmo. Y no puede suceder otra cosa. Las ciencias han de participar de la condición del principio que se las dá como punto de partida: pues bien; si suponemos, con las escuelas de Leibnitz y de Fichte, que este principio es abstracto y subjetivo, abstracta y subjetiva tiene que ser la ciencia que de él se derive, y hé aquí engendrado por ende el idealismo que la escuela de Leibnitz no acertó á evitar, y que Fichte profesó abiertamente. Si, por el contrario, admitiésemos que el dicho principio único es real, en este caso, como quiera que la unidad del principio presupondría la unidad del sér á quien el mismo se refiriese, la ciencia tendría que partir del supuesto previo de que uno solo es el sér, que se manifiesta en todos los fenómenos del universo; es decir, tendríamos el panteísmo notorio de Schelling y de Hegel, fundado cabalmente en ese falso supuesto previo.

16. Del propio modo que la escuela alemana, partiendo de este supuesto previo del principio único de ciencia, ha deducido de él la unidad del método, así también antes la escuela cartesiana, al tomar en cuenta el fin del método, es decir, la ciencia, dedujo aquella propia conclusión. Decía esta escuela: en toda ciencia hay que buscar certeza absoluta; es así que esta certeza no existe sino en las ciencias exactas, geometría y aritmética; luego el método universal aplicable á todas las ciencias es el método geométrico. Y efectivamente, la escuela cartesiana trataba todas las ciencias á la manera de los geómetras, por teoremas, lemas, escolios, etc., etc.

Pero este principio de la escuela cartesiana es tan falso como el de la escuela alemana; porque siendo la evidencia, de quien inmediatamente se deriva la certeza científica, tan diversa como lo es la naturaleza de las cosas que pueden ser evidentes, claro está que la certeza no en todas las ciencias es del mismo grado, sino proporcionada al grado diverso de la diversa naturaleza de las cosas sobre que ha de recaer la certidumbre. Esta certidumbre puede ser absoluta ó hipotética, según que lo contrario á la naturaleza de la cosa á que se refiere repugne absoluta ó hipotéticamente. Cabalmente, por no versar todas las ciencias sobre una materia sola, enseñó Santo Tomás que—«era propio del sábio no pedir á cada materia otra certeza sino la que tenga de suyo» (1). Por esto los cartesianos, al empeñarse en pedir á todas las ciencias una certeza geométrica, no han hecho

(1) *In I Ethic.*, lect. 3, y 12.^æ, q. xcvi, a. 1, ad. 3.

otra cosa sino inocular la materia de la geometría en todas las demás ciencias, haciéndolas á todas tan abstractas é hipotéticas como lo es la geometría. El intrínseco vicio de este método fué cabalmente lo que hizo á Descartes casi escéptico en metafísica (1), é inventor de ridículas hipótesis en física (2); y de entre sus discípulos Rohaut (3), sin más que sacar las conclusiones lógicas de los preceptos metódicos de su maestro, quiso construir una *cosmología a priori* é hipotética.

17. Casi hácia el mismo tiempo que Descartes promovía en Francia el método geométrico, Bacon en Inglaterra, intentando la reforma de las ciencias por la de los medios adecuados para obtenerlas, pensó que el método comun á todas era el inductivo, pues el filósofo inglés tenía, en efecto, á la induccion por único medio de obtener ciencia (4). Ya en otro lugar dejamos refutada esta opinion al demostrar que el método inductivo no puede por sí solo dar ciencia alguna; y por consiguiente, dicho se está que no sirve para formar el método general aplicable á toda ciencia.

Tenemos, pues, que ninguna de las razones alegadas por los filósofos en defensa del método único sirve para probar su aserto. La razon, por otra parte, nos persuade directamente á que, siendo como son diversas las ciencias, diverso tiene que ser su método respectivo. Habiendo éste de determinarse por el principio que se tome como punto de partida, claro es que no puede existir un método único comun á todas las ciencias, sino presuponiendo que universales y comunes sean los principios de que todas parten: y es así que cada ciencia parte de un principio propio acomodado á la diversa materia de que se trata; luego no puede ser único el principio aplicable á toda ciencia. Por eso ya Aristóteles vió que la unidad de método hace enteramente inasequible la ciencia (5), y Ciceron añadía que «toda materia debe ser tratada conforme á un método propio y al tenor de su índole propia» (6).

(1) PATRU, *De la méthode de Descartes*, c. II, p. 88-91, c. III, p. 91 y siguientes, Grenoble, 1851.

(2) Véase á FLOURENS, *Fontenelle, ou la Philos. moder. relatif. aux sciences physiques*, c. I, § 3 y 4, p. 6-18, París, 1847.

(3) Véase MARTIN, *Philos. spiritualiste de la nature*, part. I, c. IX, p. 121-122, ed. cit.

(4) Cons. REMUSAT, *Essai philos.*, Ess. XI, c. I, p. 353, y á DE MAISTRE, *Examen de la philos. de Bacon*, etc., c. I, p. 20-27, ed. cit.

(5) *Topic.*, lib. I, c. V, ed. cit.

(6) *Qq. Tuscul.*, lib. V, n. 7.

ARTÍCULO V.

Del uso de las hipótesis en filosofía.

18. Ora sea único, ora vario el método de las ciencias, su oficio propio es conducir al conocimiento de las razones de los hechos, pues en esto consiste la ciencia. Pero no siempre es dado á la mente del hombre percibir desde luego con certidumbre las leyes verdaderas y propias y las causas de los hechos (1); antes bien, por lo comun tiene que apelar á algun principio que le parezca *probablemente* adecuado para explicar los hechos que ha observado, salvo el reiterar luego las observaciones á fin de conocer si el tal principio es verdaderamente ley y causa de los tales hechos. Pues bien, á esta especie de «principio probable, adoptado para explicar por medio de él la causa y naturaleza de un hecho que no sean ni conocidas por medio de la experiencia ni directamente demostradas por la razon»;—á esto llámasele generalmente una *hipótesis*. Si despues, por medio de investigaciones ulteriores, se llega á descubrir que el tal principio hipotético es causa verdadera, propia y cierta del efecto que se ha querido explicar por medio del mismo principio, entonces este principio se convierte de hipotético en cierto, y deja de ser una *suposicion* para ser ya una *tésis* (2). Por ejemplo, quiere un químico saber los varios elementos de cuya combinacion se forme agua, y como principio probable de este efecto, coge una dosis de oxígeno y dos de hidrógeno, las mezcla, aplícales el fuego, y ve desaparecer los gases y aparecer agua; repite varias veces la misma combinacion, y obtiene constantemente, sin nada en contrario, el mismo fenómeno: pues en este caso, la dicha combinacion, que había tomado como probable, es decir, como *hipótesis*, conviértese para él en *tésis*.

19. Mucho se ha disputado sobre si las hipótesis son útiles, ora para adquirir ciencia en general, ora para aprender las ciencias especiales; pero todas las opiniones de los filósofos acerca de este punto puédense reducir á tres. La primera, profesada por Reid (3) y su

(1) Cons. SANTO TOMÁS, I, q. XXXII, a. 1 ad 2, y á BOSCHOVICH en ROSMINI, *Lógica*, lib. II, sec. IV, c. III, § 5, p. 376, not. I, ed. cit.

(2) Sobre la etimología de estas palabras, véase á TRENDELENBURG, *Elem. Log. Aristot.*, § 66, p. 446.

(3) *Essais sur les facultés intellectuelles*, etc., Ess. I, c. III, *Œuvres*, ed. cit., t. II, p. 56 y sig.

escuela, sostiene que el usar de hipótesis es dañoso á toda ciencia, y conduce necesariamente á viciarlas con todo género de errores. La segunda opinion es de Condillac (1), el cual profesó que las hipótesis eran de gran provecho para la aritmética y la geometría, poco útiles para la astronomía, y dañosas siempre en filosofía. La tercera y última opinion es de Aristóteles, de los Escolásticos y de los más grandes naturalistas modernos, á contar desde Leibnitz y Newton hasta Galileo, los cuales á una tienen por útiles las hipótesis en toda especie de ciencia.—A esta última opinion nos adherimos nosotros, porque es la única acertada. La hipótesis, como ya sabemos, consiste en valerse de un principio probable para explicar hechos observados: pues esto decimos que es de gran provecho para descubrir la verdad y adquirir la ciencia; porque muchas veces la mente humana, ora no percibe desde luego la razon verdadera, propia y cierta de los hechos; ora, percibiéndola y todo, no la conoce con certidumbre. El uso y provecho de las hipótesis tiene, pues, por fundamento la limitacion misma de la mente humana y su proceder científico: de esto dan testimonio inconcuso todas las ciencias especiales, junto con sus adelantos; la misma geometría, no obstante partir de principios evidentes, se vale de *lemmas*, ó séase de hipótesis, para demostrar las verdades geométricas. Por lo que hace á las ciencias naturales, sus mismos adelantos prueban el uso que se ha hecho y el provecho que se ha sacado de las hipótesis, pues es cosa averiguada que muchos de los descubrimientos con que esas ciencias se han enriquecido, comenzaron teniendo por base principios hipotéticos, convertidos luego en tésis y elevados al grado de principios científicos en virtud de ulteriores observaciones. Aun en las ciencias metafísicas, morales y jurídicas, es provechoso el uso de las hipótesis debidamente practicado. Por ejemplo, Rosmini (2), aceptando el principio de que en el proceso del humano conocer no debe admitirse más ni ménos de lo que sea necesario, apeló, para explicar el origen de las ideas y examinar los sistemas contrarios, á la hipótesis de la idea innata del Sér (3). Así tambien la ciencia del derecho se vale grandemente de las hipótesis, ora para interpretar una prescripcion legal oscura, ora para averiguar la comision de un delito, ya sea considerado en sí

(1) *Traité des systémes*, c. XII, p. 327, *Œuvres*, t. II, París, 1798.

(2) *Saggio sull'origine delle idee*, sec. I, c. I, t. I, p. 1 y sig., ed. cit.

(3) No es esto decir, como en otro lugar veremos, que sea aceptable esa hipótesis de Rosmini, sino que á él le sirvió para organizar su teoría sobre el origen de las ideas. (*Nota del traductor.*)

mismo, ó llámese el *cuerpo del delito*, como dicen los jurisconsultos, ya con relacion á las insidias de su perpetrador (1). Aun los mismos que tienen por inútiles las hipótesis, vienen á desmentirse á sí propios, pues mientras por un lado condenan que se haga de ellas uso absoluto ni relativo, son luego los primeros, no ya solo en usarlas, sino en usarlas sin oportunidad. Valga por todos Condillac, quien, no obstante su prurito de inculcar que solo nos atengamos á los hechos y á la observacion, construye luego toda la filosofía sobre la absurda hipótesis de su famosa *estátua*: y aun él mismo lo confiesa cuando dice que ha dado con su sistema á fuerza de *adivinar* y de *formar hipótesis* (2). Lo propio puede decirse de Cabanis, de Destutt-Tracy, de Gioia, y en general de toda la escuela materialista y sensualista (3).

20. Pero si las hipótesis han de ser útiles para adquirir la ciencia, forzoso es que se sometan á ciertas leyes, violadas las cuales se convertirían en dañosas. De entre estas leyes, unas dicen relacion al modo con que se debe buscar el principio hipotético, otras al modo con que se debe aplicar este principio á la explicacion de los hechos. Comencemos por enumerar las primeras (4).

REGLA I.^a—«El conocimiento de los hechos cuya causa se quiere averiguar, debe ser lo más amplio posible»;—pues ciertamente, mientras mejor se conozca los hechos, tanto menor será el peligro de que la causa que se les supone como probable, y por consiguiente, la hipótesis adoptada para explicarlos, venga á tierra, de resultas de aparecer en los hechos mismos inopinadas circunstancias que invaliden la hipótesis. Si, pues, cuanto menor sea el peligro de que los hechos contradigan á la hipótesis, tanto mayor será la idoneidad de ésta para explicarlos, claro está que primera ley de la hipótesis es que tenga por base el conocimiento más extenso posible de los hechos.

REGLA 2.^a—«De entre las circunstancias concomitantes del hecho, escójase una ó algunas pocas, y véase si por medio de ellas se obtiene razon suficiente del hecho mismo»;—pues de lo contrario, el cúmulo de circunstancias observadas en el hecho abrumaría la

(1) Cons. á JACOBO DE BYE, *Oratio universam hypothesium philosophicarum theoriam exhibens*, part. II, passim, Lugd. Batav., 1790.

(2) Cons. ROYER COLLARD, *Fragmens, ad calc. Opp. Reid*, t. III, p. 417.

(3) Cons. ROSMINI, *N. S.*, etc., sec. III, t. I, c. I, a. 2, not. I, p. 13, ed. cit.

(4) Cons. REIFFENBERG, *Principes de logique*, part. IV, § 32, p. 250 y sig., ed. cit.

mente, y la impediría prestar el grado de atención necesario para investigar las causas de los hechos.

REGLA 3.^a—«Débese tomar como base para investigar la causa de un hecho aquella de entre las circunstancias del mismo que muestre la razón de todas las demás»,—pues como quiera que todas las circunstancias de un hecho han de ser forzosamente resultado más ó ménos directo de sus propiedades naturales, engendradas una de otra, y todas, mediante una primera, derivadas de la naturaleza, de aquí que tan pronto como en el hecho se halle una circunstancia idónea para explicar todas las demás, sea fácil dar con la propiedad primaria derivada inmediatamente de la naturaleza, y por medio de esa propiedad, elevarse á la naturaleza misma, principio de los hechos.

Hasta aquí las reglas del modo con que se debe buscar el principio hipotético: veamos ahora las que rigen la aplicación de la hipótesis á la explicación de los hechos. Hélas aquí:

REGLA 1.^a—«Que ninguno de los experimentos contradiga á la hipótesis».—La hipótesis, en efecto, no tiene otro fin sino explicar todos los hechos de un mismo orden; es decir, buscar por medio de ella el principio natural que sea común á todos. Pues bien: así como no puede darse un hecho natural, opuesto á la naturaleza, que sea principio de él, así tampoco puede admitirse experimento, ó séase hecho contrario á la hipótesis adoptada como razón de hechos de un mismo orden.

REGLA 2.^a—«La hipótesis debe ser idónea para explicar todos los hechos».—Ella, en efecto, representa el principio que explica los hechos comprendidos bajo una misma ley: es así que todos los hechos sometidos á una misma ley y pertenecientes á un mismo orden, deben tener su explicación en esa ley misma; luego la hipótesis debe dar razón de todos los hechos del mismo orden. Los sistemas absurdos y fatales de *física especulativa*, ó séase *filosofía de la naturaleza*, con los cuales se intenta descubrir *a priori* las leyes de la naturaleza en vez de deducirlas de los hechos; sistemas que, remedando las antiguas tentativas de las escuelas de Metafísica Eleática y Neo-platónica (1), prevalecen hoy en Francia (2) y Alemania, son perpétuamente opuestos á estas leyes de la hipótesis, como quiera que en vez

(1) Véase WELWEL, *Filosofía delle science induttive* (en inglés), t. 1, 2.^a ed.

(2) Se puede ver en MARTIN (*Philosophie spiritualiste*, t. 1, part. 1, c. IX, página 127 y sig., ed. cit.) quiénes son los autores más célebres de esta especie de filosofía.

zosamente el análisis es necesario también al método. Un método ha de llamarse analítico ó sintético, no porque exclusivamente domine en él uno ú otro de estos medios, sino porque el análisis preceda ó subsiga á la síntesis; así, pues, todo método es siempre analítico-sintético (1). Y tal fué, en efecto, el que adoptado por los más grandes filósofos, dió á las ciencias incremento incesante y fama imperecedera á sus cultivadores: por eso Leibnitz, al consignar este hecho histórico, dijo que los más grandes filósofos habían juntado siempre con el arte de *hallar* el de *juzgar* (2).

4. Pero por más que la adquisición de la ciencia exija cooperación simultánea del análisis y de la síntesis, erraría gravemente quien pensase con Condillac que el primero contenga en sí á la segunda, y que á una y otra operación se las puede reducir recíprocamente. El presbítero francés discurría así:—«La mente humana no puede conocer un objeto si no conoce cada una de sus partes y las reúne después en la percepción total del mismo objeto; y es así que para conocer cada una de las partes de un objeto es preciso descomponer á este mismo objeto, por medio del análisis, en sus partes, y que para reunir las luego es forzoso emplear la síntesis; luego todo conocimiento lleva de suyo el análisis y la síntesis (3)».

A poco que se reflexione sobre este raciocinio, se verá que en vez de probar que el análisis contenga en sí la síntesis, no prueba más sino que una y otra operación son necesarias para el perfecto conocimiento de su objeto. Nosotros discurrimos así:—«Son irreducibles entre sí dos operaciones cuando son diversas, pues cabalmente la diversidad de dos cosas es lo que las constituye irreducibles: y es así que el análisis es diverso de la síntesis, por cuanto aquél implica descomposición y desunión, y ésta implica composición y unión; luego imposible es confundir esas dos operaciones, como ya lo había dicho Aristóteles (4), á quien tan injustamente por cierto se ha confundido con los sensualistas. Que la mente humana, si ha de conocer perfectamente lo compuesto, necesita valerse de una y otra de aquellas operaciones, cierto es; pero ésto igualmente que no debe confundirlas. La mente comienza aprendiendo el todo en confuso, sin distinguir las partes de que consta; reflexionando luego sobre este

(1) Cons. á SANTO TOMÁS, 1, 2.^a, q. XIV, æ. 5 c.

(2) *Novo. Ess. etc.*, lib. IV, c. III, § 26, c. XII-XVII, y *Method. de la certitude, Opp. phil.*, p. 174, ed. cit.

(3) *La logique*, 1 part., c. II-IV, p. 16 y sig., *Cæuvres*, t. XXII, París, 1798.

(4) *Ethic. ad Nichom.*, lib. 1, c. II.